

CUANDO MENOS LO ESPERAS

Por Francisca Martínez S.

Recuerdo que este verano hizo más calor que en años anteriores, aunque siempre decimos lo mismo. Había esperado con tantas ansias que llegara febrero, no tomaba vacaciones hace dos años y el agotamiento se notaba en mi cara. Hice mi último turno de noche y me despedí de mis colegas. Estaba todo planeado, estaría diez días en Viña del Mar y luego partiría al sur, a compartir con mi familia. Hice mis maletas, dejé las puertas y ventanas cerradas de mi casa y le dije a mi vecina que me avisara por celular de algún imprevisto. Tomé el Metro y me bajé en el terminal, pronto apareció el bus, me subí y senté. Quería mirar el paisaje.

Después de dos horas de viaje llegué e hice parar un taxi que me dejó en el hostel que había reservado. Me recibió una abuelita muy cariñosa, me mostró mi habitación, esta tenía un balcón con vista al mar. Después de ordenar mis cosas me dirigí a la playa con mi toalla y un quitasol, me recosté sobre la arena y respiré profundamente esa brisa marina. Luego de dormir casi tres horas bajo el sol desperté con el ruido de unas gaviotas peleando por un trozo de pescado y me incorporé lentamente. Estaba un poco mareada, mientras intentaba orientarme, vi que a lo lejos se aproximaba un joven de pelo rubio, dorado como el sol, usaba short azules y una polera gris, a medida que se acercaba podía notar más sus ojos verdes. Sus labios y nariz eran especialmente armoniosos, pensé que era un espejismo, cerré los ojos y moví la cabeza, quizás era producto de la insolación, pero no. Era real. Se sentó a unos metros de mí, yo me puse muy nerviosa y me dije: contrólate, ¿qué te pasa? Ni siquiera se ha fijado en ti. De un momento a otro vino un viento muy fuerte, que dio vuelta mi quitasol, intenté sostenerlo, en ese instante el chico se acercó y me dijo: déjame ayudarte. Me quedé sin saber qué hacer, él se rio y agregó: “ya pasó, al menos no se rompió”, posteriormente divisamos que desde los cerros se acercaba una nube muy oscura y un penetrante olor a quemado se hacía presente. Volví a su rostro y ahí me quedé, mirándolo fijamente un par de segundos. Él sonrió y me preguntó si mañana nos podíamos ver en este mismo lugar y a esta hora. Yo solo asentí y se despidió con un beso en la mejilla. No entendía qué pasaba. Me devolví al hostel pensando si fue cierto o no.

Cuando entré, la abuelita tenía la mesa preparada, había pasteles, pan amasado, mantequilla y palta. Me invitó a sentarme, no quiero comer sola, agregó. Mientras tomábamos onces en la televisión apareció un extra noticioso, el cual informaba sobre un incendio incontrolable en Viña del Mar, y a mi mente regresó la nube oscura que vi en la playa.

Me acosté con una sensación rara, recién comenzaban mis vacaciones y ya estaba ocurriendo una tragedia a mi alrededor. Me costaba no pensar en eso y no sentirme culpable de estar disfrutando mientras otros sufren. Después de toda esa reflexión, decidí que si las cosas empeoraban me presentaría en la comisaría más cercana, para ayudar en lo que fuera necesario. Al día siguiente, cuando preparaba el desayuno prendí el televisor y en todos los matinales mostraban las consecuencias del incendio. Comí rápidamente y me dirigí a la comisaría. Me presenté con el cabo de guardia y pregunté por el oficial a cargo del turno, me llevaron donde un Capitán, le dije que era Cabo 2do. y estaba de vacaciones en el sector, pero que no podía hacer como si nada pasara y lo más probable es que necesitaran mucha cooperación. Él agradeció enormemente mi compromiso y empatía, luego me designó a una sección para repartir agua a los funcionarios que se encontraban replegados en diferentes sectores removiendo escombros. Vi en sus rostros la tristeza por la situación, pero, a pesar de llevar más de 24 horas de servicio sin parar, no hacían notar su cansancio. Posteriormente, nos fuimos al sector más afectado a recoger escombros, habían pasado alrededor de ocho horas desde que estábamos trabajando y recién recordé la reunión con ese chico que tanto me gustó. Sentí algo extraño en mi corazón y me dije: ¿habrías estado tranquila si no hubieses venido a ayudar Me respondí: claro que no... es aquí donde debo estar, por algo soy una servidora pública, al menos me consolaba pensar en sus ojos preciosos.

Cuando estábamos por retirarnos vi que una señora necesitaba ayuda, para mover una puerta y corrí en su auxilio, pues no veía por dónde caminar, entonces escuché la voz de un hombre que me decía: “déjame ayudarte otra vez”. Mi corazón se aceleró, era su voz, él tomó la puerta por el otro lado y vi sus ojos, luego agregó: “así que somos colegas... no nos vimos en la playa, pero nos encontramos acá, por algo debe ser que el destino nos junta”. Sonreí y nos fuimos juntos a la comisaría, quedamos de vernos más tarde.

Mientras me arreglaba, estaba muy nerviosa pero feliz, pensaba que cuando algo está destinado a pasar pasará, no importa en qué circunstancias. Y bueno esta historia no está terminando, es un largo y hermoso camino, solo que ahora es de a dos.